

PORQUE TENÍA QUE ESCRIBIR DE ALGO MÁS

Alejandra Pérez Cruz

Lic. en Letras Hispánicas, UAA, 6º semestre

54

Hoy compré un libro nuevo,
lo llevé a casa aun cuando él tenía bastantes nervios
y sabía que no era el primero de mi colección.

Antes de ponerlo en el librero, lo saqué de la bolsa,
le arranqué el plástico en un brusco movimiento
y tembló en mis manos, tímido, indefenso.


Le susurré que estuviera tranquilo, tendría cuidado,
y de ser preciso, iría a la biografía del autor
o me leería completo el prólogo.

Por sus gruesas pastas deslicé mis dedos,
quedó en mi palma su lomo,
me fui a la cama para disfrutarlo mejor.

Tras suaves caricias y leer la contraportada,
lo abrí lento y lo devoré con la mirada,
pasando por mis yemas sus hojas, una a una,
a veces tenía que llevarlas a la boca para mojarlas.

Ante ese olor velado de orquídea
ya no resistí más y metí mi lengua entre sus páginas;
la tinta se oscurecía en mis papilas gustativas.

Entonces, las oraciones me bajaron por la garganta:
se me alojaron frases tibias en los pechos
y como el corazón que dentro habita, endurecieron;



se aventuraron bajando palabras saladas
y volvieron orugas a las mariposas, pues los gusanos
ya se habían comido lo que antes se pudrió.

El ombligo se convirtió en fuente de vino, no acepta bocados
si no son literarios o de alcohol; pues una cuartilla más abajo,
el calor de la pluma hizo escribir poemas sin versos.

Llego al clímax en el primer renglón,
se llenan las páginas de corrector y se hace imposible
cerrar el libro, la boca, la imaginación.